

pueden ser obstáculo para la imparcialidad, á lo ménos respecto de los acontecimientos há tiempo consumados, no parece que debería quedar otra cosa que hacer más que investigar y exponer lealmente la verdad. Sin embargo, el espíritu sistemático y las preocupaciones hacían descender al historiador de la elevada posición desde donde reparte premios y recompensas, para obligarlo á entrar en ridículas escaramuzas y sugerirle sofismas aún más sutiles que aquellos que hubieran podido imaginarse los interesados en la lucha. Para deducir lo que se llamaba espíritu de los hechos se desnaturalizaban las causas, inventando arbitrarias analogías entre el primer hecho y el carácter de los sucesivos; y el historiador, poeta en lo antiguo, se convirtió en abogado, que tenía ó no razón, según que poseía más ó ménos el arte de callar y de exponer, dado que no adulteraba los hechos sino que los presentaban á su antojo. Y efectivamente, exagerando ciertas particularidades; callando otras por medio de diestros subterfugios; haciendo que aquí brille una luz, mientras allá se recarga una sombra; admitiendo como incontestables las tradiciones que convienen á nuestro propósito, al paso que se desencadena la crítica contra las que nos convienen; cubriendo el vacío de los hechos bajo el aparato de los sistemas; ridiculizando una virtud, al mismo tiempo que se oculta un delito con el velo de una agudeza, no es difícil presentar á Juliano el Apóstata como un héroe y á Gregorio VII como un loco; elevar á las nubes á Diocleciano, que renuncia el imperio del mundo, y atribuir á cobardía el mismo acto en Pedro Celestino.

Dábase á la edad media el nombre de edad de la barbarie; y esto supuesto, ¿qué otra cosa podía esperarse de ella más que horrores y degradación? No veían, pues, lo positivo ni lo poético de los orígenes europeos; no descubrían más que la destrucción lastimosa de toda civilización, y densas tinieblas, apenas alboreadas después del siglo XV y desvanecidas completamente por los tiempos que ellos llamaban siglos de oro.

Así la Historia, abandonada del espíritu de Dios, mereció ser caracterizada por un elocuente filósofo como una gran conjuración contra la verdad. Hasta lo bello iba desapareciendo

con lo bueno y lo verdadero, porque parecía que en aquel prurito de discusión, los que en ella tomaron parte temían deleitar y conmover al lector con el espectáculo de las vicisitudes de la humanidad, permitiéndole creer en la virtud y en el desinterés. Impasibles por lo regular, se animaban tan solo para proferir sarcasmos y declamaciones contra la fé y contra la bondad de nuestra naturaleza. Los más hábiles sabían hacinar artificiosamente los hechos, investigar las causas y descifrar los caracteres; pero no nos presentaban al hombre con sus virtudes y sus vicios, con sus goces y sus padecimientos: se les veían apasionados contra el error, pero no amantes de la verdad. Por otra parte, al paso que no huían de las anécdotas escandalosas creían indecoroso descender á ciertos pormenores. El mismo Roberston, tan prolijo como es, cuando encuentra algunas particularidades dramáticas y originales, las relega á una nota, á la manera del pintor que quitase las sombras y el colorido á un retrato para reducirlo á la verdad descarnada del contorno.

El cristianismo fué quien elevó la Historia á ciencia universal en el instante en que, al proclamar la unidad de Dios, proclamó la del humano linaje; y enseñándonos á rezar el Padre nuestro, nos hizo reconocer á todos como hermanos. Sólo entonces pudieron nacer la idea de la armonía entre todos los tiempos y todas las naciones, y el pensamiento filosófico y religioso del progreso perpétuo é indefinido de la humanidad hácia la grande obra de la regeneración, y del reinado de Dios. San Agustín, Eusebio, Sulpicio Severo y algunos otros escritores en los tiempos de la decadencia del imperio romano consideraron de esta manera la Historia; la edad media, más ocupada en fabricar el porvenir que en reflexionar sobre lo pasado, sepultó su voz en el olvido hasta que en esa voz se inspiró Bossuet en su sublime Discurso, único que hermana la observación de los modernos con la exposición de los antiguos y que reúne á una erudición vigorosa un estilo inimitable. Contemplando Bossuet el mundo desde la altura del Sinaí, á la vez que notifica á los poderosos duras verdades, manifiesta la vanidad de las cosas humanas; señala el fúnebre séquito de naciones y reyes

que pasan de la vida á la muerte, siguiendo el camino indicado por el Señor.

Del mismo modo que Bossuet pone todos los pueblos bajo la dirección de la Providencia, Vico somete los acontecimientos á las leyes del pensamiento humano; y para él las instituciones, las revoluciones, los sucesos, son la expresión material de una idea innata en nuestra inteligencia, de una ley sabia que se manifiesta entre los errores y la iniquidad. Partiendo de una teoría metafísica sobre la justicia, cuyos principios encuentra en la naturaleza espiritual del hombre, y cuyas aplicaciones sigue en el derecho histórico, cree que los acontecimientos se desenvuelven en relaciones más ó ménos directas con una ley á que está subordinado el mundo de las naciones; y pasando, después de ilustrar la Historia de la legislación romana, á generalizar esta hipótesis en su *Ciencia Nueva*, indica cómo se elevan los hombres desde el estado de la naturaleza al de la sociedad civil; cómo se reducen las aristocracias á gobiernos humanos, para caer de nuevo en su primitiva brutalidad; de modo que las naciones recorren inevitablemente un círculo fatal de siglos de idolatría, de barbarie, de legislación, ó sea, de los dioses, de los héroes y de los ciudadanos. Suprime la libertad, pero deja subsistente la razón, suponiendo que las leyes son el principio único de los fenómenos de la sociedad, de suerte que en vez de una serie de generaciones que vivieron, sintieron, lucharon, amaron, no se tiene más que una serie de ideas inmutablemente enlazadas; y para que los grandes hombres no sobresalgan entre esta multitud, los abate negando su existencia.

Las naciones por tanto no tienen, según Vico, nada que aprender ni que imitar de las generaciones precedentes, pues que al llegar á su tercer período deben volver indefectiblemente al estado de naturaleza; de donde se deduce que todos los esfuerzos que el mundo emplea para mejorar no darán por resultado más que una situación peor, y finalmente, la destrucción; estando la humanidad obligada á comenzar una y otra vez esta fatal y desconsoladora tarea. Ni siquiera admite como Maquiavelo que pueda un genio, haciendo retroceder las instituciones hasta su origen, impe-

dir el eterno viaje desde la vida á la muerte. Por el contrario, después de haber sostenido Jordano Bruno en 1584 la pluralidad de mundos; después que Galileo, Descartes, Newton y Huygens habían revelado el orden de los cielos, tiene Vico por absurda la existencia de más mundos, y afirma que, aun dado caso que existieran, deberían estar sujetos á la misma ley providencial que el nuestro.

Las cuestiones supremas que Bossuet fundó en la fé y en la amenaza, la fundó Voltaire en la crítica y en la befa, resolviéndolas por medio de agudezas, que muestran en qué extravagancias cae el que no quiere dar crédito á nada.

Leibnitz abrió la senda para la averiguación de la verdad, siendo el primero á quien ocurrió buscar la Historia en las lenguas; más tarde Kant modificó la razón pura y el estudio del hombre abstracto con el del hombre práctico, é indicó la posibilidad de escribir una historia general en que se considerase la especie humana como el cumplimiento de un designio misterioso de la naturaleza, dirigido á perfeccionar una constitución inferior, á la cual conduce la organización de los estados, conforme á las disposiciones que la misma naturaleza puso en los hombres.

Herder sometió al hombre á la naturaleza exterior, suponiendo que los ríos, los montes, la atmósfera, modifican el tipo único y determinan las facultades del alma lo mismo que la disposición del cuerpo. Otro tanto había dicho Montesquieu, pero fiel á su siglo, reducía la naturaleza moral y las instituciones sociales á consecuencias fortuitas del mundo exterior, mientras Herder lo concibe como un instrumento de estampación destinado á imprimir las facultades en el alma: Montesquieu deja gran parte al genio y á la prudencia del hombre; Herder lo presenta formado hasta en sus últimos pormenores. Este autor, con frecuencia oscuro, declamador siempre, exagerando la influencia del clima, indicada ya por Hipócrates dos mil años antes que Bodin y Montesquieu, petrifica la historia cuando más pretende imprimirle movimiento; somete los destinos de la humanidad á la naturaleza exterior, y mira el mundo como representación de no sé qué Dios-naturaleza. Según su sistema, los seres van

elevándose en serie progresiva desde el mineral y la planta hasta el hombre; todas las fuerzas de la naturaleza existen ab eterno; en su conjunto reside Dios; de sus combinaciones nacen todos los seres, de su equilibrio armónico el movimiento universal; por ellas el hombre ejerce su acción sobre el mundo exterior, y el mundo exterior la suya sobre el hombre; de suerte, que según el grado de latitud en que se hallan los pueblos, varían su libertad, sus costumbres y leyes, y en una época determinada con arreglo al sistema del universo, nacen determinadas formas de gobierno y de progreso.

Boulanger ve nacer la sociedad del terror, como Vico; dominar primero los dioses, después los héroes divinizados; constituirse en seguida las repúblicas, renacer la teocracia en la edad media, y luego encaminarse otra vez la sociedad á las monarquías templadas, supremo término del progreso. Turgot asegura, que mientras los animales y las plantas se reproducen con inalterable uniformidad, la humanidad marcha mejorando en ciencia y en moral, convirtiéndose los hombres de cazadores en pastores y luego en agricultores, y cree que el cristianismo fué un progreso que continuó en la edad media. Aquí brilla ya la idea del progreso de la humanidad considerada como un ser único, progreso calificado de indefinido por Condorcet, hechura de la Enciclopedia, que sin embargo, no veía otras mejoras sino las que la revolución entonces estaba efectuando; y trazaba el cuadro de una décima época en la cual se complacía en colocar todos los adelantos del hombre y de la sociedad, aunque siempre dirigidos al bien individual.

Hegel pretende que el alma del mundo se manifiesta bajo cuatro aspectos: sustancial, idéntico, inmóvil en Oriente; individual, variado, activo en Grecia; compuesto en Roma de los dos primeros, en lucha perpétua entre sí; de cuya lucha sale luego el cuarto, que concierta y armoniza lo que estaba desunido, y que se manifiesta en las naciones germánicas. Para él la religión no es sólo un impulso del sentimiento, un fulgor de la imaginación, sino el completo resultado de todas las facultades del género humano. En Oriente el hombre se aniquila en la idea del ente infinito, y de aquí

el poder teocrático; en Grecia, desapareciendo lo infinito, surge con proporciones inmensas la actividad humana, la cual viene á ser predominante en Roma formando una personalidad egoísta; y después en los pueblos germánicos se reconcilia la unidad divina con la naturaleza del hombre, y de la reconciliación nacen la libertad, la verdad y la moralidad.

Michelet ve en el mundo una lucha perpétua entre la libertad y la fatalidad. Cousin encuentra formada cada época por uno de los elementos de la razón humana, lo infinito, lo finito, la relación; y un país, un pueblo, un genio no se engrandecen sino en cuanto sirven fatalmente á uno de estos elementos. Para él cada lugar, cada pueblo, cada revolución, representa uno de los términos del desarrollo necesario, y el triunfo viene siempre á coronar la mejor causa. Partiendo de distintos puntos llegan al mismo término Hugo y Savigny, afirmando que la perfección proviene del impulso instintivo no guiado por la razón; que en ella no influyen ni la libertad humana, ni el refinamiento intelectual, sino los usos, las costumbres, en una palabra, la tradición; y que por tanto es inútil la aparición de los grandes hombres y perjudicial la tarea de los legisladores.

Según el gran De Maistre, el mundo es un inmenso altar donde todo debe ser inmolado en perpétua expiación del mal causado por la libertad del hombre.

Federico Schlegel pretende que con la palabra, distintivo de la humanidad, fueron reveladas al hombre las verdades principales, religiosas, morales y sociales. Según su doctrina, la palabra se alteró primeramente en el hombre, después en la raza entera; y mientras la filosofía pura debe restablecerla en la conciencia, la filosofía de la historia debe hacer lo mismo en toda la especie, y mostrar la marcha de esta regeneración. De cuya experiencia se deduce claramente, que en todo acontecimiento luchan y se combinan cuatro principios de acción: la fuerza material, el libre albedrío, el mal principio y la voluntad divina que salva; de aquí las diversas facetas de la palabra, de la fuerza, de la luz y de la redención, polo divino en medio de los tiempos. También Bonald, Adam Müller y Haller, sostienen que toda institución civil es obra inmediata del autor de la

naturaleza, de donde deducen que no puede obtenerse el perfeccionamiento de la razón y del corazón, sino siguiendo la tradición primitiva de las voluntades de Dios. Baader ve al hombre seguir constantemente el pensamiento de la Providencia sin perturbar la armonía universal; y este pensamiento constituye, á su modo de ver, la Redención, obra de misericordia continuada por todos los siglos. Los primeros la prepararon; y ofrecido el sacrificio que salvó á la humanidad, todos tienden á propagar el cristianismo, impulsando así al mundo á un progreso incesante y excitándolo incansablemente á la justicia, á la unidad, al amor. Esta doctrina condena por tanto el fatalismo; proclama la libertad del hombre, de cuya voluntad no puede preverse la decisión, mientras puede preverse la de Dios; y sostiene que de esta manera, hasta el desorden viene á establecer el orden, quiéranlo ó no las criaturas.

El hombre cumple en la tierra los designios de Dios, porque la Providencia que trazó á los planetas órbitas determinadas, no pudo abandonar la especie humana al ciego capricho; de aquí la gran idea de la historia, según San Agustín, al desarrollo de los hechos bajo la altísima presencia de Dios.

Las épocas en que Cantú divide la historia son las siguientes:

La verdadera civilización, la ciencia verdadera emana de ese país fertilísimo en toda clase de belleza que se extiende entre el golfo Pérsico y la Arabia, el mar Caspio y el Mediterráneo, y que ocupa una posición central entre la extrema India y la Escocia, la España y la China. Allí nace el hombre adulto de cuerpo y de espíritu, en la perfecta armonía de sus facultades, dotado por Dios de cuanto es necesario para su desenvolvimiento moral, físico é intelectual. La oscuridad de que está cubierto todo lo que se refiere á los períodos de formación en la esfera de la vida orgánica y de la composición inorgánica, envuelve también el origen del mundo. Nosotros, diremos con Vico, desesperados de encontrar el principio común del género humano en los anales de los romanos, modernos en comparación de la antigüedad del mundo, ni en los pomposos fastos de los griegos, ni en los de los egipcios, truncados como sus pirámides, ni en los del Oriente su-

mergidos en la oscuridad, vamos á buscarlo al principio de la historia sagrada, á cuyo Génesis rinden tributo de pruebas los progresos de cada ciencia.

El Paropamis y el Cáucaso determinan dos corrientes de población, una que se dirige hacia el nacimiento del sol, otra hacia el ocaso; y si á los mitos, á la etimología, á las memorias, á las lenguas, preguntamos cual es la más remota historia, todas de acuerdo nos señalarán el centro del Asia como cuna de las naciones. Donde faltan documentos sólo puede echarse mano de las hipótesis; pero habiéndose éstas mezclado en los libros con las nociones positivas y con los hechos ciertos, importa estudiarlas y conocer su objeto, sus motivos y sus caracteres. Sin embargo, mientras los filósofos nos pintan al hombre primitivo como un bruto guiado tan sólo por sus instintos, y que bajo el impulso de estos inventa las primeras sociedades, completamente materiales; nosotros al contrario, por mucho que nos remontemos á tiempos antiguos, encontramos siempre las ideas predominando sobre los intereses, las verdades invisibles sosteniendo á las culpables, el Estado gobernándose por el pensamiento de Dios, la familia rigiéndose por la conmemoración de los muertos, el cuerpo tomando por guía el interés del alma.

Vemos también el contraste más vivo entre la libertad individual y el orden social, tan antiguos ambos como el primer pecado, y fundados en la naturaleza humana que quiere ser libre y que sin embargo no se satisface con la soledad; así es que mientras por un lado la ley se esfuerza en dar á las sociedades orden, estabilidad y paz, por otro los instintos violentos arrastran al hombre á la independencia. Pero mientras todo esto atestigua la juventud de la sociedad, lejos de encontrar en ella el estado salvaje, desde el cual se fué elevando poco á poco aquel hijastro de la naturaleza hasta llegar á ser su rey, ya en aquellos primeros tiempos encontramos cuatro grandes imperios: el arameo, el egipcio, el chino, el indio. Estos dos forman la civilización del Tíbet y del Japon, extraña al movimiento europeo; y el Egipto, en relaciones unas veces de guerra, otras de comercio con Persia y Babilonia, con los árabes, fenicios y hebreos, es, no la fuente, sino

el canal por el cual se propagan las ciencias, las artes, el culto, á las naciones occidentales, pelasga, etrusca, griega y romana, herederas de los cuatro imperios primitivos.

El choque de las dos civilizaciones se manifiesta primeramente cuando los deucaliones del Asia y del Africa trasformaban en hombres las piedras de Grecia y del Asia Menor. Mil quinientos años ántes de Cristo, todo es oriental del modo que lo han trasplantado las colonias fenicias, árabes, egipcias, personificadas en los tiempos de Ogiges y Cécrops, Pelops y Gadmo. Pero Prometeo, hijo de Jafet, ó sea la raza helénica descendiente del Septentrion, agita é inflama con nueva vida á los degenerados, hasta que ella misma es subyugada por las costumbres del Oriente, y los monarquías por todas partes son avasalladas por los comunes.

No tardan empero en sobrevenir los Heráclidas con la raza septentrional de los dorios y hacen prevalecer el Occidente, reduciendo los gobiernos á aristocracias feudales, pasando de la inmovilidad asiática á la variedad, é inaugurando verdaderamente el mundo occidental. El raptó de Europa y de Elena, los amores de Medea, la conquista del vellocino de oro y la toma de Troya, son las risueñas ficciones bajo las cuales encubren los poetas las inevitables batallas de estas contrarias civilizaciones. Ni se borran con la conquista las diferencias originarias; y la emulacion entre los dorios y jonios dura tanto como la Grecia, mostrándose alternativamente en la supremacía de los atenienses desde Címon á Pericles; en la de los espartanos despues de la victoria de Egospótamos; en la de los Tebanos, nacida y muerta con Epaminondas, hasta que la dominacion macedonia entrega el país afeminado y encadenado á la preponderancia occidental. Entre tanto un pueblo especialmente guiado por Dios, conserva pura la tradicion primitiva, que entre las demas naciones se contamina mas y más á medida que se aparta de sus fuentes; y este pueblo divulga el pensamiento más grandioso, el de un solo Dios, de cuya voluntad libre es un acto el universo.

En el siglo VIII antes de Cristo empiezan á ordenarse los hechos por tiempos: y la era de las Olimpadas (776) para la Grecia, la de la fun-

dacion de la Ciudad (754) para los romanos, la de Nabonasar (747) para los babilonios y Egipcios, manifiestan que á la fábula sucede el tiempo histórico, á la edad de los héroes la de los hombres. La religion presenta la primera certeza cronológica en las listas de los sacerdotes conservadas por la casta sacerdotal: de estas, de los templos y de los tesoros, sacó Heródoto todos sus conocimientos; y despues Pausanias refirió á monumentos religiosos todas las particularidades históricas.

Del mismo modo que Homero habia cantado el primer combate entre el Asia y la Europa, sacando de la barbarie, la piedad y la admiracion, así Heródoto, testigo de la guerra pérsica, nos la trasmite en una narracion cuya unidad es precisamenela rivalidad entre Oriente y Occidente. En Maraton, en Salamina y en Platea, se decide la superioridad de la civilizacion europea sobre la asiática, y muy luego los pueblos que estaban separados, se aproximan y mútuamente se conocen; el espíritu humano, en el siglo desde Pericles á Alejandro, recorre mayor camino que el que en muchos siglos le habian señalado la imaginacion de los indios, la profunda inteligencia de los Egipcios, el frió raciocinar de los chinos, ó la voluntad obstinada de los Israelitas. Narrando la guerra Médica y la del Peloponeso, adquiere la relacion el interés de la epopeya, entre el vulgo gigantesco del pensamiento y de las bellas artes, entre los distinguidos caracteres de los héroes que conservan hasta en los delitos su grandeza, y que se nos presentan al través de la ilusion que causan la distancia y la pluma de incomparables escritores.

Pero el Oriente rechazado por las armas, subyuga con el ejemplo: la Grecia se doblega ante las costumbres del Asia, y despues de la paz de Antálcidas, el gran rey la organiza á su gusto. En tanto, para impedir que se corrompa completamente, baja del Septentrion una nueva gente, la Macedonia; y Alejandro, con una sublime reaccion, trata de colocar la civilizacion griega á la cabeza de la unidad oriental, consiguiendo únicamente plantar en el corazon del Asia un imperio europeo y fundar entre ésta y el Africa una ciudad, que dará nuevo centro al comercio, y donde el genio griego, impotente ya para crear, se sentará

entre los dos mundos para explicar al nuevo los arcanos del antiguo.

Alejandro, y más que él sus sucesores, se dejan enervar por los vencidos y se convierten en príncipes orientales; pero la civilizacion ha salido del santuario para hacerse proclamar en las escuelas; y propagada por las colonias por toda la costa del Mediterráneo, da un gran paso conquistando la Italia.

La variedad, caracter griego en las instituciones, en las artes, en la ciencia, tiende en Italia á aglomerarse en rededor de Roma, que constituida con elementos discordes sale á la conquista de la libertad propia y de los territorios ajenos; grande en las victorias, más grande en los desastres, y atenta á espiar en la paz la oportunidad de asegurar el buen éxito en la guerra. Roma, más jóven, ha perdido de vista en sus orígenes á los dioses y mira como su fundador á un héroe. Su historia es la de una ciudad mirada en pequeño; en grande es la historia de todo el antiguo heroísmo, la liza en que combaten lo finito con lo infinito, la generalidad abstracta con la personalidad libre, la aristocracia, representante de la estabilidad asiática, con la democracia engendradora por el movimiento europeo. Y prevalece éste; y la edad humana de Vico, que no se vió jamás en la Grecia, nace con la verdadera libertad en Roma, la primera que trata de unir, fundir y organizar los pueblos, hasta entonces reducidos á comunidades particulares, ó á aglomeraciones forzadas.

Desde este punto la atencion se reconcentra en Roma, la cual despues de haberse asimilado, aunque con alguna dificultad, los primitivos elementos, se lanza como un gigante para apropiarse el universo. Dotada de maravillosa perseverancia en sus vastos designios, tiene que habérselas con naciones que se sostienen sólo por las leyes del equilibrio, variables en sus alianzas y atentas únicamente á crecer é impedir que las demás se aumenten. ¿Podía ser dudoso el éxito? Cuando Roma se desborda de la vencida Italia, se encuentran frente á frente las estirpes jafética y semítica: aquella con el genio del heroísmo, de las bellas artes, de la legislacion, ésta con el espíritu de industria y de comercio. La última sucumbe cuando Tiro cede el puesto á su émula Alejandria y cuando

Cartago es destruida por Roma; y apenas si quedan recuerdos de aquella civilizacion entre los que recogen sus frutos. ¿Quién sabe si la colonia de Argel, ahora naciente en aquellos contornos, no podrá como Mario sentarse entre las ruinas de Cartago, y obtener de ellas las revelaciones que ya se han obtenido de Babilonia y de Menfis!

De esta suerte vence Roma al Oriente antes de arrojarle á combatirlo en Egipto, en Siria, en el Ponto y en Armenia; pero al dar el Oriente á la vencedora la industria y las ciencias, la corrompe y cambia. Roma, aún fabricando cadenas para el mundo, se mostraba magnánima, daba libertad á los pueblos, distribuía las provincias entre sus aliados y humillaba á los soberbios, perdonando á los que se sometian: pero despues que pasa al Asia no reconoce ningun obstáculo, cree insulto propio la libertad de los demás y viola descaradamente el derecho: Perseo es conducido entre cadenas y sirve de espectáculo á un vulgo que inusta las regias desventuras: Cartago es destruida inicuaamente: Numancia acreedora á la admiracion de la posteridad, no conmueve al brutal vencedor sino cuando despues de derramar la sangre del enemigo, pasa á derramar la del ciudadano.

Las dos formas del mundo oriental y del occidental, del patriciado y de la plebe, asociadas en Roma, le dan una noble naturaleza, la conservadora y la innovadora. Admite todo linaje de ideas, pero despues de viva oposicion; se engrandece, pero es cobrando nuevas fuerzas; cambia de gobierno, pero siempre fundándolo en sus mismos principios que eran los de la sociedad humana; y así como formó la ciudad amalgamando los patricios con los plebeyos, forma el imperio amalgamando diversos pueblos, primeramente avasallados, pero despues por la guerra social hechos romanos. Por esta razon no son momentáneas sus conquistas: subyuga, civiliza, asimila, y en el órden de los hechos alcanza el imperio más extenso y duradero, mientras que en el órden de las ideas forma la más entendida jurisprudencia. Los esclavos arrojan en breve un grito de emancipacion, los vencidos que ocuparon en Italia el puesto de la poblacion indigena que habia perecido en la conquista, piden derechos; Mario

nace de la sangre de Graco, y allana el camino á César, precursor de Augusto.

Durante las guerras intestinas, la civilización marcha siguiendo el camino del sol hasta las riberas del Océano, y los descendientes de los galos y de los germanos, conquistados para la civilización, perdonan á los romanos la matanza de sus padres. Por otro lado la Europa reina en Egipto, combate en Persia, subyuga la patria de Masinisa y aumenta el número de las naciones agregadas á su civilización, de modo que en adelante podrá combatir al Oriente con fuerzas iguales.

Encuétrase en efecto frente al Oriente en Accio, y la fuga del Egipto proclama la supremacía de Europa. No obstante, triunfa el Oriente en la profunda corrupción de la nueva Babilonia, porque al paso que se facilita con la espada la fraternidad de las naciones; al paso que se mejoran las formas exteriores de la ciudad, la industria, el comercio, las artes, las leyes, la administración, se gangrena la herida que la superstición y la filosofía han abierto en el corazón y en la inteligencia del mundo antiguo; y los elementos necesarios para la vida social, la conciencia, libertad, se desvirtúan. Las leyes protegen á los esclavos y la esclavitud es más desapiadada que nunca; Paulo Emilio vende en Epiro ciento cincuenta mil ciudadanos de setenta ciudades destruidas, para distribuir el importe entre los soldados, y César da gracias á los dioses por haber exterminado á los galos, vendido al mejor postor cincuenta y tres mil habitantes de Namur y muerto en Avarico cuarenta mil hombres inermes. No se da muerte á los hombres tan sólo para saciar el hambre ó en el ímpetu brutal de la venganza, sino también por divertir al pueblo reunido en el circo.

Combinase en Roma el dogma de la autoridad con el de la libertad, pero libertad ciudadana, no individual; é inmóndose la independencia de las naciones sobre el altar de la patria erigida en divinidad inexorable, el mundo es considerado como una mina de oro ó un mercado de esclavos; la palabra de la república es santa, no porque sea justa sino porque ha sido pronunciada; la legalidad ocupa el lugar de la justicia para encubrir exteriores iniquidades; y llega á desconocerse el derecho sagrado de

desobedecer las leyes injustas, esto es, la prerrogativa de la razón que juzga de la justicia de las leyes. Reducido todo por tanto, á mera política, no queda mas union posible que la fuerza incapaz de mantener por mucho tiempo la armonía; y la ciencia pagana tan sólo sabe lamentar los vicios de aquella raza peor que la precedente, y prever otra todavía mas perversa. (1)

Sabiendo Augusto aprovecharse de este respeto á la legalidad para disfrazar con él su usurpación, concentra en sí los poderes que el pueblo adquirió con largos trabajos, y sustituye á la república despótica el despotismo de la monarquía.

La paz no saldrá del fastuoso Palatino, sino de un establo de Galilea. De este lugar parte la buena nueva que proclama al Dios único, la fraternidad y la igualdad de los hombres, y un reino de virtud, de verdad, de justicia, á cuya realización se dirigirán las naciones puestas desde aquel momento en el justo é indefectible camino del progreso moral. Las conquistas de la humanidad se habian limitado hasta entonces á los matrimonios legítimos, á las franquicias civiles y políticas, y á la igualdad ante la ley, pero esto á favor tan sólo de la raza dominadora. Ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano, y la inocencia es impuesta como obligación no sólo en las obras sino también en el pensamiento emancipado. Hasta entonces el único medio de alcanzar el poder y la gloria habia sido la guerra, el único blanco de los héroes la conquista; la servidumbre habia sido declarada un hecho necesario, equitativo, natural; el esclavo estaba condenado no sólo á todo linaje de ignominia, sino también al embrutecimiento intelectual y moral, sin afectos legítimos, sin legítima prole y sin existencia religiosa. Pero la nueva palabra de caridad alijera en esta época sus cadenas, mientras consigue romperlas enteramente; es aclamada la paz universal; quedan abolidos los privilegios de nacimiento y de conquista; ins-

(1) *Ætas parentum, peior avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiore.*

HORAT, III, 6.

Sentimiento es este predominante en los escritores de aquella edad.

pira horror no sólo el derramamiento de sangre sino también la lucha; y preséntase el modelo de una sociedad fundada en la combinación de fuerzas pacíficas, de un poder enteramente espiritual opuesto á los arrebatos del poder armado, y de una fraternidad entre las naciones, en virtud de la cual éstas, en vez de destruirse unas á otras, se unirán para perfeccionarse mutuamente.

Y ¿quién produjo esta mudanza? un artesano de Galilea. Y era también esta una doctrina originaria del Asia, que debía, no subyugar, sino convertir á Europa, aunar la verdad política con la religiosa y oponiendo á los ídolos la conciencia y á los tiranos la resignación, restaurar al género humano en su dignidad bajo un sólo Dios. Al lado del poder de la espada se levanta el de las ideas, que independiente del primero, mantiene seguro el progreso para que no vacile con sus variaciones: entonces en la narración histórica aparece un nuevo elemento, la historia de la Iglesia. Esta, representando al pueblo, y admitiendo á la emancipación á todos los desgraciados, á todos los que padecen por efecto de la conquista ó de la fuerza, no destruye de un golpe la servidumbre, las violencias legales, las rapiñas gloriosas, pero opone á todas ellas una doctrina que las reprueba y un Dios que las condena.

Pronto Neron y Domiciano se encuentran frente á frente con Pedro é Ignacio: aquellos armados, señores del mundo, teniendo en su apoyo la legalidad, tan diversa de la justicia, representantes del mundo antiguo, gritan en los circos atestados de gente: *A las fieras los cristianos*; los otros, pobres, débiles, desconocidos, calumniados, con la autoridad, la instrucción, las ceremonias y el ejemplo propagan el reinado de Dios y enseñan á dar al César lo que es del César, pero nada mas, no el culto, no el sacrificio de los afectos y de las convicciones.

En vano trató Constantino de rejuvenecer la monarquía; el pueblo estaba gastado por la antigua prosperidad y por las nuevas desventuras. Entre los hombres inmensamente ricos y los innumerables pobres, habia desaparecido la clase media, depositaria de las virtudes ciudadanas y de la igualdad social; las creencias religiosas discordaban de las instituciones civiles; y al paso que la legislación era católica,

la administración se conservaba pagana, identificando al Estado con el soberano, el cual, teniendo un poder ilimitado, ó con su depravación, corrompia á los pueblos, ó turbaba la fé con disputas continuas. El ejército en las guerras civiles, obediente en un principio á la república, sublevado despues contra ella, y luego sentado en el trono con los Césares, quería ahora disponer de ellos, y Roma engrandecida por la fuerza, sucumbe también por ella: Roma constituida sobre la obediencia, perece porque la exajera. Las instituciones eran grandiosas; pero se hallaba ahogada la conciencia; y ofuscada ésta, aunque aquellas duraron, encontróse arruinada la sociedad. Los últimos emperadores, avergonzados de lo pasado, temerosos del porvenir, se aturden en el presente entre asiáticos deleites; su corona parece la guirnalda de que se adorna á la víctima destinada al sacrificio, y su nulidad acelera en el Occidente la caída del imperio, mientras que la posición topográfica deja en salvo por mucho tiempo todavía la de Oriente.

Constantinopla en medio de su languidez llegó á tiempo para despojar de su natural rudeza á los pueblos bárbaros limítrofes: dió á los godos el alfabeto modificado por Ulfila, y el mejor rey en la persona de Teodorico: hizo brillar la luz de la verdad entre los rusos y búlgaros, y con el código de Justiniano impidió que pereciese tanta práctica sabiduría romana, conservándola para que modificase las futuras legislaciones.

Del choque del Oriente con el Occidente y con el Septentrion, del cristianismo con el helenismo y con la barbarie, salieron malparadas las formas, pero se ganó en cuanto al fondo; decayeron unos pocos privilegiados, pero la humanidad surgió poderosa; y en tanto que la ciudad romana se hundía desmoronada, proclamábase la victoria de la ciudad de Dios con una doctrina sublime aprendida sobre las rodillas de la madre, con la libertad establecida sin revoluciones como que se fundaba en la rectitud del pensamiento y en la pureza de las costumbres.

Desde aquella época se ve marchar el progreso por una senda recta y lógica, encarnándose la doctrina del cristianismo en las creencias, en las ideas, en las artes y en las cos-